

1
A. N.º 4.

Escuela Nacional N.º 21.

Chivilcoy Septiembre 15 de 1921.

Señor Inspector Nacional de E. Nacionales

Don Dionisio C. Rey.

Digno señor:

Habiendo recibido la notificación de esa H. Inspección donde se solicita mi cooperación para la formación del folk-lore argentino, tengo el agrado de enviarle la transcripción adjunta, en la seguridad de que sus datos, aumentarían la biografía de uno de los hijos de los pro-hombres de nuestra Independencia.

Al expresar mi aplauso al autor de esta idea la que en su realización legará a la posteridad argentina el libro más valioso de sus bibliotecas, confío en poder hallar nuevos datos o documentos, contribuyendo así con mi granito de arena a la patriótica obra.

Sin otro motivo me es grato saludar al Señor Inspector con toda mi consideración.

Lida P. de Castaldi de

2

Chivilcoy Septiembre 15 de 1921.
Escuela Nacional n° 21.

Directora:

Srta P de Castoldi Noel.

Autor:

Don Antonino Reyes
Edad 69 años.

Tipos y cosas del viejo ambiente.

Feliciano "El Bellaco"

Allá en la época en que la muy populosa ciudad de Buenos Aires se hallaba dividida en barrios, se denominaba "Barrio del Alto" a una sección que comprendía parte de las parroquias de la Concepción y San Telmo, sobre cuya jurisdicción se habían aglomerado los hombres de mejor temple, para «cchar una de a pie».

Entre ellos se destacó Feliciano Chiclana, descendiente del patrio de ese mismo apellido, el que dejó su leyenda bajo el apodo de «El Bellaco». Para distinguirse en una etapa en la que había tantos que manejaban el cuchillo con suma destreza y en la que se tendía verdadero culto al coraje, era necesario reunir condiciones excepcionales y Feliciano las reunía como pocos.

Como miembro de una familia de tradición honrosa recibió regular educación, pero en vez de aprovechar la oportunidad que le brindara su nacimiento, tomó rumbo opuesto, ganándose el renombre de «calavera», como

aconteció con otros muchos que como él se colocaron al margen de las leyes sociales en contraposición con las aspiraciones de sus padres.

En pos de varias aventuras con hombres calificados como valientes, en las cuales siempre resultó vencedor, ya no hubo digno que lo contuviera. - Donde quiera que hubiese un malo allí se costaba a medirse con él, esto es cuando no lo buscaban expreso. En los Corrales de Abasto hacia infinidad de cuchilleos, pues Feliciano peleó con los mas destacados, nada mas que con el propósito de vencer, como era costumbre en aquel tiempo.

Luchando con un sujeto tan famoso como diestro, se vivió en la necesidad de matarlo. La policia se puso en su busca, mas como contaba con valiosas influencias se le dió escape, ocultandolo en una estancia del sud, actualmente ubicada en el Partido de Agudos.

Hacia como un mes que se encontraba en aquel establecimiento de campo, cuando se le ocurrió ir a una casa de comercio cercana, donde se puso a jugar una partida de bochas con un paisano. Por diferencias en un arribe o ubicacion de una bocha, se tonio en discusion con su adversario y de las palabras pasaron a los hechos.

El paisano creyendola muy fácil, ya que tenia que haberla con un pueblerito, desenvainó un tremendo facón y lo atacó. Feliciano lo vivió venir muy tranquilamente y cuando lo tuvo cerca le acomió un cachazo en la cabeza y lo mató.

Huyó en seguida y como en esos instantes estallara la revolucion, que trajo la batalla de Cepeda se plegó a ella siguiendo al coronel Mitre. - Contin.

quido el movimiento revolucionario, aquel anduvo dos años a salto de mata hasta que la nueva convención interior que finalizó con la batalla de Pavón lo envoló de nuevo.

Después de ese encuentro entre las fuerzas al mando de Mitre y Urquiza, del cual dice el historiador Rivas en sus *Epemérides Americanas*, que «no sin extrañeza» el primero de estos jefes se halló vencedor en una batalla que había perdido, se le formó consejo de guerra a mi héroe, por no se que traesuras que hiciera, como de costumbre y se le fusiló en compañía de otros revolucionarios.

Así se extinguió aquel joven, por que lo era aun cuando las balas de sus camaradas le atravesaron el pecho; así terminó la existencia de aquel hombre que a haber elegido otro campo de acción, hubiese pasado a la historia con la frente coronada de laureos por sus hazañas.

Nadie que yo sepa le ha concedido breve página histórica al valiente Feliciano, siendo así que no solo se destacó por su bravura individual, sino por que tomó parte en dos cruzadas que quizá juzgó libertadoras en su fuero interno y que por lo menos tendrían al afianzamiento de la nacionalidad.

Sin embargo, plumas mejor cortadas que la mía han escrito mucho ensalzando la existencia de gauchos como Pacheco, el Tigre de Quequen, que fué autor de catorce muertes hechas todas a traición, como puede verse en el archivo de los tribunales de Dolores, y como otros tantos que la lira de los poetas o la imaginación de los literatos ha colocado en el índice de los buenos, cuando no fueron nada en

comparación con Feliciano, ya como valientes, ya como
caballeros en sus lides.

Quiero enmendar esa injusticia
aunque nada soy ni nada valgo, convencido de
que cumpla con un deber por más que estas pági-
nas se pierdan entre las hojarascas que impulsa
el viento hacia lo desconocido.

Antonino Reyes.

c

no
id
gi
sa

FOJA EN BLANCO